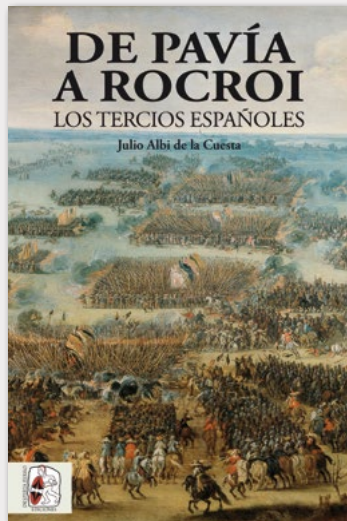


## La obra clásica sobre los Tercios españoles

“Es una magnífica noticia que se rescate este clásico, porque *De Pavía a Rocroi* es una obra maestra, imprescindible en toda buena biblioteca histórica. Con este libro espléndido, Julio Albi consiguió un relato fascinante del auge y ocaso de la que fue mejor infantería del mundo”

Arturo Pérez-Reverte



28-11-2017 – La editorial Desperta Ferro Ediciones recupera *De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles*, una obra clásica y de plena vigencia sobre los Tercios de [Julio Albi de la Cuesta](#).

Si, siguiendo a Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, habría que considerar a los tercios como un instrumento esencial de la política de los Austrias. Macedonia tuvo sus falanges. Roma, sus legiones. Y España, sus tercios. Siempre mal pagados, siempre blasfemando bajo los coletos atravesados por una cruz roja, los tercios enmarcan con sus picas un período fulgurante de la historia de España, para acabar muriendo bajo sus banderas desgarradas en una larga agonía en los campos de batalla europeos y, de forma más dolorosa, en la memoria de sus compatriotas. De ahí el colosal aporte historiográfico que supuso la publicación en 1999 de *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, de **Julio Albi de la Cuesta**, una obra seminal que recuperaba del olvido a “aquellos hombres que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron ley a la mayor parte de Europa”. Desperta Ferro Ediciones reedita este clásico imprescindible e imperecedero que plantea un recorrido por la historia de los tercios, célebres soldados de infantería de la Monarquía Hispánica, desde sus orígenes y nacimiento en los albores de la modernidad hasta su injustificada transformación con el cambio dinástico a comienzos del siglo XVIII, por su organización, armamento y tácticas, por la vida cotidiana, el espíritu de cuerpo y la disciplina y, por supuesto, por su experiencia de combate ya en los mortíferos campos de batalla, ya en las penosas trincheras de asedio, ya en los traicioneros puentes de las armadas. Y lo hace imprimiendo su sello de marca, dotando a *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles* de vívidas imágenes y una detallada cartografía histórica ausentes en la edición original, y un prólogo a la presente edición de otro gran pionero en historia militar, Enrique Martínez Ruiz, catedrático de Historia Moderna en la Universidad Complutense de Madrid.

El libro estará **disponible el viernes 1 de diciembre**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro catálogo.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

### Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que, en apenas dos años, han visto la luz una quincena de títulos entre los que destacan obras de referencia como *Ciudades del Mundo Antiguo*, de Jean Claude Golvin, *La guerra en Grecia y Roma*, de Peter Connolly o *Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, de David Glantz (catálogo completo [aquí](#)). De esta forma, lo que comenzó como un modelo de autoempleo se ha convertido en un motor de generación de puestos de trabajo ya que, en la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



## SOBRE EL AUTOR



**Julio Albi de la Cuesta** nació en Burgos el 15 de julio de 1948 y tras licenciarse en Derecho ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Ha sido Subdirector General de la Oficina de Información Diplomática y Embajador de España en la República de Honduras, fomentando la convocatoria anual de la “Antología de las Artes Plásticas de Honduras”, la cooperación cultural entre España y Honduras, así como la implicación en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Honduras. Julio Albi de la Cuesta ha desempeñado el puesto de Director General de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa desde 1991 sustituyendo a Luis Reverter. Tras esto, en 1993 fue nombrado Embajador de España en la República de Ecuador y Cónsul General de España en Nueva Orleans. Fue también en 2004 Embajador de España en la República del Perú. En agosto de 2010 fue nombrado embajador de España en Siria, sustituyendo a Juan Ramón Serra, donde permaneció hasta el estallido del conflicto.

Como historiador, desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor y co-autor y editor de numerosos libros de historia militar. Julio Albi de la Cuesta se ha convertido en un autor referente para la Historia Militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles, Banderas Olvidadas, En torno a Annual, Campañas de la caballería española en el siglo XIX* o *El Ejército carlista del Norte*. Esta última constituye un riguroso estudio que desgrana la trayectoria del Ejército carlista durante la Primera Guerra Carlista. El impecable uso del idioma de Julio Albi y sus conocimientos históricos lo convierten no solamente en autor de algunos artículos para *Desperta Ferro Historia Moderna* sino también de un libro de cuentos, *Caminantes*, y de novelas como *La calavera de plata*.

**Julio Albi es Premio Ejército  
Distinción Especial 2009  
en reconocimiento a sus estudios  
y trabajos sobre la historia del Ejército**

## SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

“Es una magnífica noticia que se rescate este clásico, porque *De Pavía a Rocroi* es una obra maestra, imprescindible en toda buena biblioteca histórica. Con este libro espléndido, Julio Albi consiguió un relato fascinante del auge y ocaso de la que fue mejor infantería del mundo”.

Arturo Pérez-Reverte

DOSIER DE PRENSA





# INDICE

Prólogo de Enrique Martínez Ruiz  
Prefacio a esta edición  
Introducción a la primera edición

- 1 ORÍGENES, NACIMIENTO Y DISOLUCIÓN DE LOS TERCIOS**
- 2 ORGÁNICA**
- 3 ARMAMENTO Y TÁCTICA**
- 4 VIDA Y REPUTACIÓN**
- 5 DISCIPLINA**

- 6 LOS TERCIOS EN FUEGO**
- 7 EN LAS TRINCHERAS**
- 8 LOS TERCIOS EMBARCADOS**
- 9 LOS ÚLTIMOS TERCIOS**

Epílogo  
Apéndice I. Los tercios españoles en Flandes, 1567-1600  
Apéndice II. Glosario  
Bibliografía  
Índice analítico



*La rendición de Breda* (1634), óleo sobre lienzo de Diego Velázquez (1599-1660). Museo Nacional del Prado, Madrid.



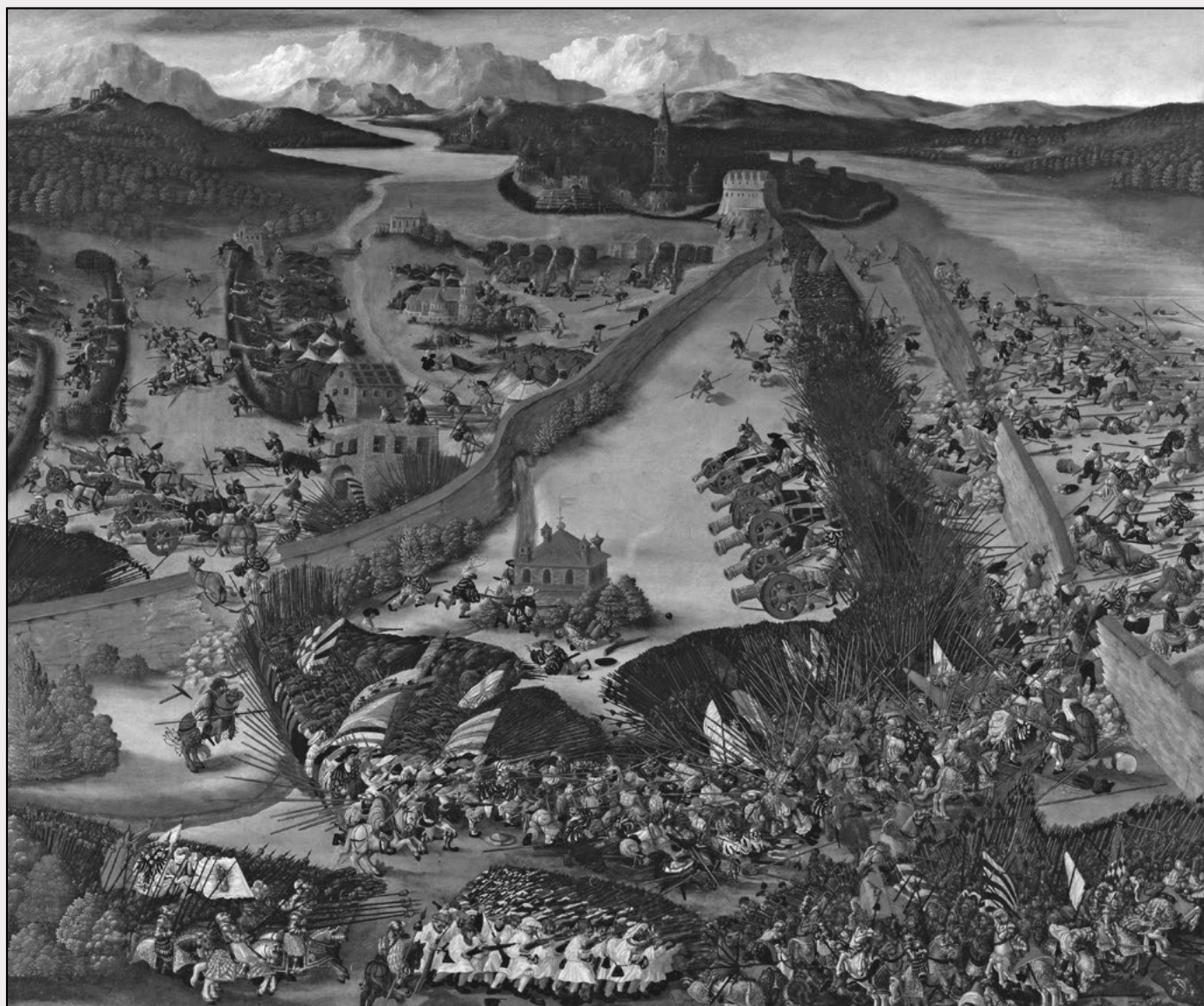
## CAPITULO 1

# ORÍGENES, NACIMIENTO Y DISOLUCIÓN DE LOS TERCIOS

Pavía y Mühlberg fueron batallas significativas. Varios autores coinciden en que tras la primera algo cambió en la evolución del arte de la guerra, haciéndose más y más escasos los combates en campo abierto, ante la eficacia de las nuevas armas. En cuanto a la segunda, fue en palabras de Puddu, «la apoteosis definitiva» de la infantería española: «en torno a los años cuarenta del siglo XVI, el arcabuz ha obtenido definitivamente el dominio de los campos de batalla, y los infantes castellanos son maestros reconocidos en el uso de este

arma terrible». Su fría eficacia despertó la ira de muchos. Ariosto la llamaría «abominable y maldita», atribuyendo su invención a Belcebú. Don Quijote, siendo hombre de a caballo, la despreciaba, teniéndola por «diabólica invención», que permitía que «un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero», aunque quizá el mismo tirador hubiese huido espantado por el estruendo del disparo.

En cierto modo, el arcabuz no solo igualaba al plebeyo con el noble en el campo de batalla, sino que le confería una



*La batalla de Pavía, óleo sobre madera de Rupert Heller. Nationalmuseum, Estocolmo.*



Un arcabucero (ca. 1597-1607) en el *Wapenhandelinge* («Ejercicio de las armas») de Jacob de Gheyn II (ca. 1565-1629). Rijksmuseum, Ámsterdam.

enormes fluctuaciones, tanto por lo que se refiere a los efectivos como por lo que atañe a la cifra de banderas por tercio.

Es pues, una organización fluida, en permanente cambio, muy alejada de las estructuras más rígidas de los regimientos o batallones existentes a partir del siglo XVIII. Con todas sus imperfecciones era, sin embargo, extraordinariamente avanzada para su época. Incluso el excelente ejército holandés, uno de los más desarrollados, no superó durante todo el XVI el nivel de compañía, siendo sus regimientos nada más que agrupaciones *ad hoc* de estas para cada campaña. El mero hecho de diseñar y mantener una unidad de rango superior y, por tanto, más compleja, era de por sí, algo notable.

El caso de los tercios veteranos, o viejos, de guarnición en Italia, resulta especialmente interesante. A lo largo de este trabajo se verá cómo se desprenden de compañías y absorben otras nuevas, sin por ello perder su identidad. Con frecuencia, incluso, las que han sido destacadas no regresan nunca y adquieren vida propia, formando un tercio distinto.

Incidentalmente, ello se presta a confusiones a la hora de determinar la trayectoria de las unidades que han llegado a salpicar obras tan respetadas como la famosa Disertación sobre la antigüedad de los regimientos. Así, una parte importante del tercio de Nápoles fue a Flandes con Alba en 1567. Pero en el virreinato italiano siguió existiendo una unidad con ese nombre. Por tanto, la que marchó a los Países Bajos, para quedarse allí, no podía pretender que su antigüedad fuese la del tercio napolitano, que no había dejado de existir, sino que debería arrancar desde el momento que se desgajó de él, siendo, por tanto, más moderna.

Es una situación un tanto compleja, similar a la producida durante las guerras de emancipación de América, con los regimientos «gemelos» o «expedicionarios», cuando a uno y otro lado del Atlántico existieron unidades distintas, pero con el mismo nombre porque compartían un origen común.

Precisamente el carácter «expedicionario» es otro de los rasgos de los tercios. En un principio, estos se conciben exclusivamente para el servicio fuera de España, por estimarse que la defensa de esta no exige tropas permanentes, al no existir amenazas próximas, bastando fuerzas de muy inferior calidad como las Guardias Viejas de Castilla o las milicias.

clara superioridad. El infante español se apoyará en él y en la pica para mejorar de condición, por lo menos a sus propios ojos, y convertirse en «soldado gentilhombre». Lo hará encuadrado en los tercios. Pero antes de estudiar la estructura de estos, conviene delimitar el concepto.

El tercio es, ante todo, un conjunto de compañías bajo un mando único. Es un marco que se «rellena» con unidades subordinadas, siendo el número de ellas variable y cuestión relativamente secundaria. Ya hemos visto que la ordenanza de 1536 no precisaba este dato. Aunque, posteriormente, se intentará atribuir una cierta cantidad de compañías o banderas a cada tercio, lo cierto es que nunca dejó de variar. A su vez, las plazas de estas oscilaban continuamente. El resultado será un panorama relativamente desconcertante, de



## CAPITULO 4

# VIDA Y REPUTACIÓN

Las mujeres desempeñaban un papel importante en la vida del tercio, aunque imposible de cuantificar. Los mandos y los tratadistas tenían prevención hacia ellas: «quien se casa habiendo de andar tras una bandera o estandarte vivirá lacerado». Por su culpa, los hombres «se vienen a matar más fácilmente que por ninguna otra cosa». Lo que es indiscutible, es que siendo los sueldos cortos y pagados con retraso, y la vida del soldado itinerante, mujeres e hijos eran un problema. Para Basta, las familias eran una de las razones que explicaban la decadencia de la caballería, y ello a pesar de que los jinetes, en general, llevaban una vida menos dura que los infantes. Bentivoglio, en las notables páginas que dedica a los motines, afirma que estos se producían especialmente en las campañas largas, cuando los soldados «se acompañaban con las mujeres y se llenan de hijos». De nuevo, estamos ante un fenómeno común. En el único ejército profesional que existía en Europa en el siglo XIX, el británico, había una actitud similar hacia el matrimonio, y solo se aceptaban seis esposas por compañía, muy por debajo de la cifra que se fijó para los tercios

en 1632, al admitir que la sexta parte de los hombres estuvieran casados.

Parece que la tropa, sin desdeñar a las mujeres públicas, para las que existía una amplia gama de nombres, según las regiones, desde «metresa» a «quiraca», tendían a las relaciones duraderas, bendecidas o no. Ello se debía a que las unidades estaban permanentemente destinadas fuera de España, por lo que los hombres muchas veces procuraban organizarse en la región donde se hallasen una vida estable, a veces paralela a la que habían dejado en su tierra. Así, había casos de cortesanas que, sin dejar su trabajo, tenían un amigo fijo, con el que había fundado una familia sui generis.

Hay algunos datos reveladores. Cuando los tercios salen de Flandes en 1577, llevan consigo «treinta mil cabezas». Aunque en esta denominación Estrada incluye el ganado, también tenía que comprender a familias enteras. En 1599, tras pagarse un motín, se destierra de los Países Bajos a todos los que participaron en él. Muchos españoles, sin embargo, intentaron quedarse, «vencidos de las lágrimas de sus mujeres e hijos, y del cariño de aquellos

Estados, a quien tenían más amor que a sus propias patrias». También se podría traer a colación el caso, que veremos, de la numerosa compañía femenina que acompañó a la guarnición capitulada en Amiens.

Es significativo que las memorias contemporáneas están llenas de alusiones a mujeres. A veces son historias románticas. Otras, crueles. Castro no vacila en envenenar a una amante, para que no le delate. Contreras, atraviesa con la espada a su esposa y a su querido. No obstante, se comentaba de los soldados que, lejos de ser Don Juanes, eran «amantes nuevos, siendo mejores para pelear con los enemigos que para enamorados».

Tropas españolas en marcha con sus bagajes (1632), grabado de Jan van de Velde II (1593-1641). Rijksmuseum, Amsterdam.







*Escena de guerra durante el asedio de Ostende (ca. 1601-1614), óleo sobre tabla de Sebastian Vrancx (1573-1647). Schlossmuseum Gotha, Alemania.*

La vida de las mujeres que deambulaban de un lado a otro siguiendo a las tropas tenía que ser terrible. Vázquez narra un caso estremecedor, el de Beatriz de Mendoza, que se había unido al ejército en tiempos de don Juan de Austria. Llegó a Flandes procedente de Italia, en una carroza que, para atravesar el paso de San Bernardo, tuvo que ser desarmada y vuelta a armar varias veces. Cuando no la utilizaba, cabalgaba una «hacanea con sillón de plata y gualdrapas de terciopelo, bordada con mucho oro». Nunca dejó de acompañar a los tercios, y en el sitio de Maastricht recorría las trincheras repartiendo a los soldados pan, queso, vino y cerveza.

En la campaña de Francia de 1590 estaba ya «muy enferma y tan pobre que comía de limosna y marchaba a pie algunas jornadas, sin que se doliese de ella ningún galán, de los muchos que la habían servido, para llevarla a caballo». Al final, «murió en una caballeriza sobre un haz de paja», a pesar de haber sido amante de «muchos príncipes y señores, de maestros de campo y de capitanes». Se dice que su triste ejemplo llevó a otras que llevaban una vida similar, a «retirarse con lo que tenían, y se casaron».



## CAPITULO 5

# DISCIPLINA



Reclutamiento de soldados a principios del siglo XVII (ca. 1614-1620), grabado de Jacques Callot. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Se ha descrito el motín como una especie de «huelga militar», lo que ciertamente era, ya que suponía que unos profesionales decidían dejar de realizar su trabajo como medida de presión para obtener unas reivindicaciones que, esencialmente, eran económicas.

Pero es preciso enfatizar mucho el adjetivo «militar». En efecto, el tercio amotinado o «alterado», es por encima de todo una unidad castrense, aunque –provisional y esporádicamente– haya suspendido su plena integración en un ejército. Y decimos esporádicamente porque enseguida veremos tropas amotinadas que hacen un paréntesis en su actitud, operan junto a sus compañeros que permanecen fieles, y luego regresan a la «huelga».

Sin embargo, este punto de vista, relativamente generoso, no era compartido ni por los mandos superiores ni por los tratadistas. Para ellos no era sino un execrable deli-

to, «la más bellaca e infame acción» que podía cometer un soldado, entre cuyas obligaciones –pretendían– figuraba la de que «no hará sentimiento por no ser pagado de su sueldo». Dicha aspiración, sin embargo, era tan poco realista, que parece imposible que nadie creyera seriamente en ella. Se decía que se trataba de una falta tan grave que tenía que ser «terriblemente castigada», lo que asimismo era imposible, por lo extendida que estaba.

Infame delito o plante profesional, el motín en los tercios revestía unas características concretas. Estos tenían una «costumbre diferente de las demás naciones, porque piden sus pagas a los generales antes de pelear y al tiempo de venir a las manos con los enemigos, y los españoles, después de haberlo hecho y combatido». Era este un elemento específico, que respondía a la reticencia de sus integrantes a verse como simples mercenarios.



Casi se podía decir que se amotinaban a su pesar, porque ello, en gran parte, vulneraba el concepto que tenían de sí mismos. De ahí que recurrieran a hacerlo prácticamente como medida de pura supervivencia, cuando ya no había otra alternativa. Amotinarsé «por solas dos pagas», como los mencionados alemanes, estaba totalmente descartado. Resulta indicativo que procuraran también «huir del nombre de amotinados, siempre ignominioso», prefiriendo a cambio el de «alterados». Estas actitudes parecen indicar que, si para definirse hubieran tenido que elegir entre las palabras «soldados» o «profesionales», probablemente habrían escogido la primera. Para ellos, lo militar era primordial. Por eso posponían la «huelga» hasta después de una operación, aún sabiendo que, para muchos, un mosquetazo o un picazo terminaría con sus reivindicaciones

nuación se expulsaba a los mandos, que – «por no poner en peligro su vida ni su honor»– se retiraban a otro lugar llevándose las banderas, ya que era impensable que estas, símbolos de lealtad, quedaran con unos hombres que habían «roto la obediencia». Les acompañaban los soldados que deseaban permanecer al margen de la alteración, «cuanto había de sano en el tercio». Entre ellos, figuraban habitualmente los reformados y los particulares. Cuando, en algún caso, estos optaron por permanecer con los amotinados, el hecho se comentaba como algo extraordinario. En el de Zichem, una de los más graves, pero protagonizado por «las naciones», no por españoles, se dijo: «cosa notable y no vista hasta entonces la desvergüenza con que se fueron a meter en el motín hasta oficiales y tenientes reformados... personas de grandes pagas».



«L'arquebusade» (1633), grabado de Jacques Callot (1592-1635) que muestra la ejecución de un soldado. Pertenece a la serie *Les grandes misères de la guerre*. Bibliothèque Municipale de Lyon.

salariales, y que –desde una perspectiva exclusivamente «sindical»– el mejor momento para plantear estas era precisamente cuando más se les necesitaba, antes de un combate, no al término del mismo.

Abundando en este sentido, durante el motín, el tercio mantenía frecuentemente un orden sorprendente. Un observador extranjero comentaba al respecto: «para decir la verdad, si puede haber algún buen orden en los motines, los españoles hacen los suyos en buen orden y cuando les manda el electo mantienen una disciplina tan buena y tan estricta como cuando sus oficiales están con ellos».

En efecto, conservaba íntegra su personalidad militar, creando una estructura jerárquica paralela a la oficial. La alteración comenzaba a las voces de: «¡Motín, motín. Afuera, afuera los guzmanes (como a veces se llamaba a los particulares) que nos queremos amotinar!». A conti-

Efectivamente, estos hombres gozaban de especial consideración en la jerarquía interna e informal de las unidades, por lo que sorprendía que se uniesen a los indisciplinados. A veces, los mandos utilizaron de forma deliberada ese prestigio, pidiendo a dichos soldados que se unieran a los alterados para hacerles entrar en razón. Esa misma jerarquía hacía también que se considerara especialmente alarmante cuando se detectaban síntomas de descontento entre arcabuceros y mosqueteros. Ello, en principio, podía sorprender, porque al gozar de mayor sueldo, se les debía siempre más dinero que a los simples piqueros. Es explicable, en cambio, si se recuerda que se les consideraba, en cierto modo, una élite dentro de la élite que eran los tercios. Estamos, de nuevo, ante otro ejemplo de la mentalidad profundamente militar que impregnaba las alteraciones.

## CAPITULO 6

# LOS TERCIOS EN FUEGO

A lo largo de su historia, los tercios se enfrentaron a los más variados enemigos por tierra y por mar, cosechando una larga serie de triunfos que justifica que un experto en la materia, como el mariscal de campo Montgomery haya dicho de ellos que «por lo menos hasta 1600 la infantería española –arcabucería, mosqueteros y piqueros– demostró ser la mejor de Europa; su confianza en sí misma y su pericia en las tácticas convencionales de la época eran extraordinarias».

Estas victorias, obtenidas en circunstancias tan diversas, desde batallas campales a combates en el mar, pasando por la guerra de sitio o por operaciones anfibias, fueron fruto ante todo de un elemento clave al que hemos hecho referencia anteriormente: la versatilidad de estas unidades.

Efectivamente, no es fácil conciliar la brillante hoja de servicio de los tercios, y su larga preponderancia, con las tesis generalmente admitidas que –sin dejar de alabar su solidez– critican su rigidez, contrastándola desfavorablemente con los despliegues más flexibles que eventualmente introdujeron Mauricio de Nassau o Gustavo Adolfo de Suecia.

Quizá el máximo exponente de ellas sea Roberts. Pero en su *Gustavus Adolphus*, su crítica parece partir de una confusión en los términos. Así, dice que «el tercio era un sólido bloque de piqueros y alabarderos... rodeado de tiradores». Como tal, dicho historiador estima que era «incapaz de improvisaciones tácticas, y hacía un pobre uso de los mosqueteros». Sin embargo, esta opinión –discutible– se podría aplicar en todo caso al escuadrón, no al tercio. Este era, obviamente, un tipo de unidad militar, y como tal, podía operar de distintas formas, y no únicamente (ni siquiera principalmente, lo veremos a continuación) desplegado en escuadrón.

Por otra parte, estas opiniones están generalmente basadas en estudios no del modelo español propiamente dicho, sino de la interpretación que de él hicieron los imperiales durante la Guerra de los Treinta Años, y más concretamente, en Breitenfeld y Lützen. Aun así, no faltan autores modernos que han empezado a plantearse si las formaciones que en esas batallas adoptaron los generales del emperador fueron copiadas de los tercios o si eran fruto de una evolución autóctona, solo parcialmente influida por modelos extranjeros.

Además, no tienen en cuenta factores ya expuestos anteriormente (evolución orgánica de los tercios; diferencia entre efectivos oficiales y reales...), ni uno que nos interesa especialmente en este capítulo: el escuadrón, que encarnaba esa hipotética rigidez, se utilizó con mucha menor frecuencia de lo que se afirma.

Para empezar, y por razones evidentes, no era utilizado en acciones navales. Tampoco se empleaba en desembarcos anfibios, excepto en los de grandes dimensiones, que fueron una minoría. Ni en la guerra de sitio, aunque se diera un asalto general, lo que era la excepción. Ni en los pequeños combates que constituyeron la norma en el escenario más habitual de los tercios, los Países Bajos.

Así pues, un porcentaje muy elevado de las actuaciones de estas tropas se desarrolló en ambientes que excluían el uso de unos escuadrones que exigían grandes espacios abiertos y libres de obstáculos. Incluso en los combates terrestres, las escaramuzas, aunque fuesen de considerables proporciones, los golpes de mano y las «encamisadas», predominaron abrumadoramente sobre las batallas regladas.

Los tercios, por consiguiente, tuvieron que afrontar una multitud de situaciones en las que el Arte de escuadrón no era aplicable. Que, en general, las resolvieran satisfactoriamente, indica su flexibilidad, en la que residía una de sus más destacables características, no en su carácter monolítico.

Sus propios mandos nunca les vieron ni los manejaron como un todo homogéneo, sino justamente como lo contrario. Cada uno de ellos era un conglomerado de compañías con dispar armamento, lo que les confería un elevado grado de autonomía, haciendo de ellas un pequeño tercio, si se nos permite la expresión, que reproducía en menor escala la organización de la unidad principal. Si el tercio tenía su maestre de campo, la compañía tenía su capitán; el sargento era un sargento mayor disminuido; el furriel, en el ámbito de la bandera, tenía las mismas funciones que el furriel mayor en el suyo propio. Si el maestre disponía de una combinación de arcabuceros, piqueros y mosqueteros, en igual situación, si bien en inferior medida, estaba el capitán. Con frecuencia, la compañía vivía, marchaba, se alojaba y combatía independientemente, constituyendo un mundo en sí misma.



## CAPITULO 6

# NÖRDLINGEN

Con la batalla próxima a estar perdida, el cardenal-infante manda a los españoles que avancen para colmar el dramático hueco que se ha abierto en la línea. Impasible, el tercio entra en fuego. Lo forman «muchacha gente particular, sargentos mayores, capitanes y alféreces reformados, y bastante nobleza y caballeros de hábito». Es, en cierto modo, una destilación de décadas de la «temible infantería española» y de sus grandes tercios viejos. Un coronel sueco describe así a estos hombres: «entonces avanzaron con paso tranquilo, cerrados en masas compactas... eran casi exclusivamente veteranos bien probados: sin duda alguna, el infante más fuerte, el más firme con que he luchado nunca».

El maestro de campo destaca en vanguardia una manga de arcabuceros al mando de tres capitanes. Casi inmediatamente, un cañonazo arranca el brazo izquierdo de uno de ellos. Otro impacto, vuela la reserva de pólvora de la unidad. Entre explosiones y pica en ristre sus hombres recuperan el terreno perdido. La excelente infantería sueca contraataca y es rechazada. En las siguientes seis horas repite los in-

tentos hasta quince veces, siempre con igual suerte. Lo más florido de sus legendarios regimientos, acostumbrados a vencer siempre, los conocidos, por el color de sus banderas, por los nombres de Negro, Azul, Amarillo, se desangra en vano. Idiáquez practica una táctica que fue muy comentada. Ordena a sus soldados que pongan rodilla en tierra al ver a los enemigos encarar sus armas. Así las balas pasan por alto. Tras la descarga, los españoles se incorporan y hacen la suya. Se dijo que no perdían un tiro. El sistema, aunque eficaz, no era nuevo. Ya lo había usado con buenos resultados Verdugo en Frisia. Algunos infantes, sin órdenes, se salen del escuadrón y con la pica acaban con los más osados de los adversarios. Entre ellos, el propio sargento mayor del tercio y dos capitanes que demuestran así su valor personal, pero también dan un mal ejemplo de indisciplina a sus hombres. Pagarán por ello: el primero muere de un mosquetazo y los otros son heridos muy gravemente.

Paulatinamente, Horn acabará empeñando todas sus tropas, y otras que Weimar le envía, pero no rompe al tercio.



La batalla de Nördlingen (ca. 1634-1636), grabado de Balthasar Florisz van Berckenrode (1591-1645). Rijksmuseum, Ámsterdam.

Mientras, también se lucha en las faldas del Albruch, donde los jinetes de los dos lados intercambian sablazos y pistoletazos, distinguiéndose la caballería napolitana de Gambacorta. Bernardo, por la izquierda, emplea sus caballos contra los imperiales, aunque se ha despojado de casi todos sus infantes para apoyar a los suecos.

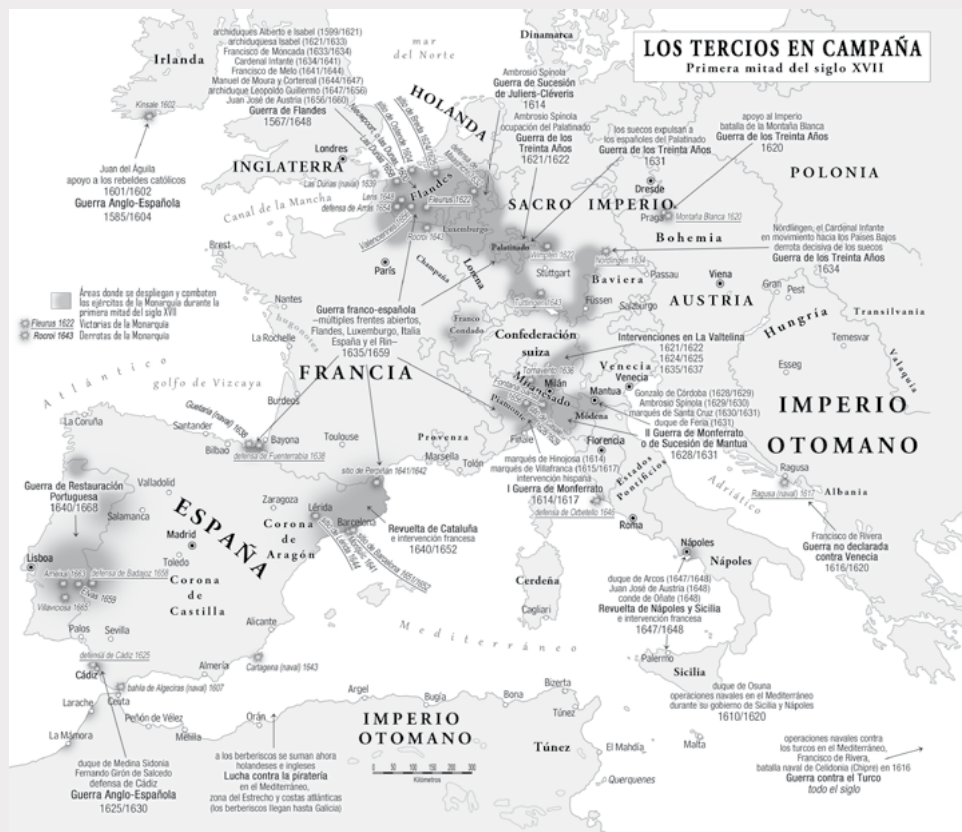
La posición de Horn, no obstante sus esfuerzos, se va haciendo insostenible. Sus ataques frontales han sido otros tantos fracasos y sus flancos empiezan a ser amenazados. Los de Idiáquez aguantan todas las embestidas, «mostrando con experiencia este valeroso tercio, tan probado en Flandes, el coraje invencible de España».

Por fin, los suecos, agotados, dan muestras de vacilar. Es entonces cuando los católicos asestan el golpe final. El cardenal-infante juega su última carta, cuatrocientos arcabuceros y mosqueteros del tercio del conde de Fuenclara. Simultáneamente, Idiáquez pasa a la ofensiva. Por fin, los protestantes ceden y se produce el «alcance». Horn y Gratz, dos de los tres principales jefes, caen prisioneros. El tercero, Weimar, se salva a uña de caballo. Un total de catorce coroneles y seis mil soldados son capturados; otros tantos hombres quedan tendidos en el campo. Los católicos cogen «muchas damas» que acompañaban al ejército enemigo, trescientos estandartes, cincuenta y cuatro cañones y cuatro mil carros de bagaje. Además, «mucho riqueza en coches y caballos», «la mayor parte de lo cual se vendió en el cuartel de las tropas croatas, lo que constituyó una moneda rica, de mucha variedad y entretenimiento». En efecto, entre las tropas del archiduque figuraban dos mil croatas, reclutados en los confines del imperio, antecesores de la futura caballería ligera, excelentes para la guerra irregular y las persecuciones, pero que por lo menos hasta la segunda

mitad del siglo XVIII, cuando se les empezó a inculcar una mayor disciplina, eran famosos saqueadores.

En su huida, Bernardo pasa a galope junto a Escobar. A modo de despedida, como este escribió dolido por la falta de cortesía, «me tiró un pistoletazo», fallando. No contento con ello, ordenó a sus guardianes que le mataran. Pero el sargento mayor era de armas tomar. Se apoderó de la espada de uno de ellos y le tiró una estocada, «con harto daño suyo», echando luego a correr. Eventualmente volvería a las líneas propias, aunque en camisa, por haber sido desvalijado por sus compañeros.

Nördlingen fue una derrota total, que significó «el final para Suecia», que quedó descartada como potencia europea. Solo la intervención in extremis de la católica Francia salvó a la causa protestante. De ahí que resulte sorprendente, dada la magnitud de la derrota, que –como ya se ha dicho– habitualmente se conceda mayor importancia a Breitenfeld y a Lützen, cuyos resultados fueron menos espectaculares, y a pesar de que «todo lo que se había perdido en Lützen, se había ganado de nuevo en Nördlingen».



### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

